

John Hampden, gentil hombre del condado de Buckingham, fué tambien sentenciado por haber querido luchar contra aquel gobierno.

Esta condena hizo estallar la indignacion de la aristocracia, y de esta manera los dos grandes poderes del estado estaban ya mas opuestos que nunca al gobierno, y necesariamente habian de aprovecharse de la primera oportunidad para declararle abiertamente la guerra.

X.

La reforma provocó la primera sedicion que habia de concluir con el levantamiento general de toda la nacion.

La nueva religion impuesta á los escoceses, los exasperó, y el pueblo en masa se alzó protestando contra ella.

Los magnates principales dieron direccion al movimiento, y los gentiles hombres se unieron al pueblo.

Cárcel I se sorprendió al principio, y cuantos medios empleó para ahogar aquella sedicion que tan fatales consecuencias podia atraer, revelaron su excesivo orgullo y su demasiada imprudencia.

Los puritanos levantaron un ejército, y la mayor parte de las tropas que fueron de Inglaterra al mando de Strafford, á quien el rey hizo venir de Irlanda, ó bien se pasaron á ellos, ó bien fueron batidas.

El monarca entonces necesitando recursos para continuar esta guerra que su falta de tino habia hecho estallar, se acordó del parlamento, y once años despues de haberlo disuelto, volvió á convocarlo en 13 de Abril de 1640.

La enormidad de los subsidios que pedía el rey asustó á los Comunes, y como consecuencia de esto, herida la altivez del soberano al ver que se dudaba en conceder lo que exigia, volvió á disolverlo á las tres semanas de haberlo convocado.

Como se vé perfectamente, no parece sino que un genio infernal, impulsaba á Cárcel I para cometer desaciertos.

Momentos despues de la disolucion del parlamento, se hallaban reunidos Eduardo Hide y Lord Clavendon, los que encontraron á San-John.

El primero se hallaba triste, y preguntándole San-John, la causa de su tristeza, contestó este, que lo era la disolucion imprudente de un parlamento que por su sabiduría hubiera sido el áncora salvadora de los hombres honrados; á lo cual contestó San-John afirmativamente aunque añadiendo que nunca hubiera hecho lo que procedia en aquellas circunstancias.

El carácter poco constante del monarca, hijo de la turbacion en que se encontraba, le hizo arrepentirse de la disolucion que acababa de decretar. Reunió algunos cortesanos á quienes preguntó se procederia la revocacion del decreto, y habiéndole manifestado era imposible, Carlos, algo mas turbado pero con el mismo orgullo que lo dominaba, volvia á su despotismo habitual.

Strafford á pesar de hallarse enfermo de alguna gravedad, había obtenido del parlamento Irlandés todo lo que de él había pretendido, en subsidios, soldados, y promesas.

Obtuvo en menos de tres semanas 300.000 libras esterlinas, debidas la mayor parte de los papistas.

A los ojos del rey y de sus adictos, la necesidad lo excusaba.

El rey fué tambien injusto con Bellasis y Hotham á los cuales mandó su encarcelacion, por sus discursos; fueron registradas sus casas, y los papeles de Lord Book. Crew fué encerrado en la Torre, por haberse opuesto á entregar las peticiones.

Exijíose juramento á los Sacerdotes de no consentir modificacion en cuanto á la Iglesia, cuyo juramento, terminó con un *et cétera* ridículo.

Jamás se había conocido un lenguaje mas duro. Algunos gentiles hombres del condado de York, se negaron á una requisicion arbitraria, y el consejo quiso perseguirlos, manifestando Strafford que debian ponérseles argollas.

Conocedor profundo del mal que aquejaba á su patria, y al mismo tiempo poco prudente, y descoso asimismo de inspirar al rey y su consejo la fiebre ardiente de que él se

hallaba poseido, recayó en su enfermedad; pero apenas vuelto á restablecer, partió con el rey para el ejército, reunido ya á la sazon en las fronteras de Escocia, el cual debia mandar.

Durante su marcha, llegó á su noticia que los escoceses estaban dispuestos á la ofensiva, así como tambien que en 21 de Agosto de 1640 en Newburne, habia sido batido sin oponer resistencia el primer cuerpo Inglés que habian encontrado, en cuyo acontecimiento no considera Strafford á los escoceses aislados.

En el espacio que duró la pacificacion, habian contraido, los comisionados escoceses en Londres, estrechas relaciones con los descontentos, siendo el resultado de esta amistad, la promesa de su apoyo en el caso de que invadiesen la Inglaterra.

Lord Saville impulsado por su odio á Strafford le impulsó á enviar un mensagero á Escocia, el que en la cavidad de una caña, llevaba una obligacion, y cuyas firmas, habia falsificado Saville, que eran las de seis magnates ingleses.

En Londres se empezó á mirar ya con horror la guerra y aparecieron pasquines contra Land, autor de tantos males.

Una horda furiosa rodeó su palacio y le obligó á refugiarse en Whitecall.

Estas mismas escenas, se repitieron en los condados y en el ejército.

Muchos oficiales tachados de papistas, y en resumen la autoridad era casi desconocida y el rey estaba completamente desalentado porque conocia su impotencia.

En este estado Carlos I abrió negociaciones con los escoceses, pasando á Londres comisionados de estos y fijándose el dia 3 de Noviembre para la apertura del nuevo parlamento.

## XI.

El dia prefijado abrió el rey el parlamento, en cuyo acto conoció las ningunas simpatías que tenia.

—49—

Los Comunes le escucharon con frío respeto, y con una atrevida arrogancia en presencia de su soberano.

La cámara que se creía impotente en su soberanía empezó á discutir sus pretensiones, que cada uno de los miembros aspiraba á que lo que él presentaba se tuviese por legítima queja.

De esta manera se fueron discutiendo todos los actos que había tenido lugar durante el interregno parlamentario condenando uno por uno sus abusos.

Nombró la cámara varias comisiones, que se encargasen de patentizar abusos, y doquier que se provocaba una acusación, resonaba en los púlpitos y las plazas, hasta el grado de tener que contestar los mismos miembros de consejos á los que á ellos se les dirigían.

A la condenación de los actos se siguió la proscripción de sus autores.

Un poder tan omnímodo aterra á los adictos del trono.

La corte deseaba el olvido, y el rey había caído en una completa inacción, que le llenaba de zozobras.

Los jueces y los obispos temblaban y el de Oxford, Juan Braneroff, murió de pánico.

Strafford que conocía el rápido incremento que iba tomando la revolución, trató de excusarse con el monarca, de prestarle sus servicios pues conocía, que le serían inútiles, pidiéndole permiso para continuar en Irlanda. Mas el monarca desconociendo el des prestigio en que se hallaban sus prerrogativas, aseguró á Strafford, que á su lado se encontraría seguro.

A una nueva invitación de Carlos I corrió Strafford á ponerse al lado de su soberano, como vasallo leal, lanzándose en pos de la tormenta que amenazaba á la Inglaterra.

Tan luego como llegó á Londres le detuvo en la cama la calentura.

A los dos días de su llegada, esto es el 11 de Noviembre de 1641 fué acusado por la cámara de reo de alta traición.

Preséntase inmediatamente ante el Tribunal acusador y encontrando cerradas sus puertas, las golpea, y reprende á los ugieres por que no le abrieron prontamente, diríjese á

ocupar su puesto y le intiman que se retire, á cuya órden obedece.

Una hora despues se le manda comparecer á la barra ó intimándole se arrodillase, se le notifica su prision en la Torre, negándosele el uso de la palabra.

Despues de varios acontecimientos análogos contra varios personages, se procedió al nombramiento de una comision secreta que se encargase de buscar las pruebas de alta traicion de que se acusaba á Strafford.

Los escoceses digeron que no retirarian su ejército, mientras no se castigase á su mas encarnizado enemigo.

Carlos I insistia en la necesidad de licenciamiento de tropas; pero la cámara como los necesitaba no accedió á la demanda del rey.

Era tal la preponderancia del Parlamento que los consejeros del rey se dirijian á él para sus decisiones, no atreviéndose á resolverlas por sí solos.

A María de Médicis madre de la reina, eran tales los insultos que la plebe la dirigia, que se acordó saliese de Londres y se votaron 10.000 libras para su viage.

El bill de 13 de Enero de 1641 constituyó por decirlo así al Parlamento su soberano, coartando al rey en la mayor parte de los derechos que le correspondian en la convocacion del mismo.

Tal era la situacion política de la Gran Bretaña, que de dia en dia se aproximaba mas á la gran catástrofe de que habia de ser testigo.

Cromwell y Enrique Martyn expresaban algunas veces sus amenazas contra la Real persona.

Con todo, la reforma política se iba llevando á cabo, pero no era posible hacerlo con la religiosa, acerca de la cual eran muy diversas las opiniones y aspiraciones, que llegó á manifestarse aun en el mismo seno del Parlamento, el que propuso un bill en que se declaraban incapaces á los eclesiasticos de cargo civil, escluyendo por este medio á los obispos de su lugar en la Cámara de los Pares, cuyo bill fué descchado por esta última asamblea.

Los ímpetus revolucionarios condujeron á los presbiterianos á cometer un sacrilegio, mandando interin quitar de

—51—

los templos como objetos de idolatría, los altares y las imágenes de Jesucristo.

Varias fueron las controversias que se suscitaron sobre cuestiones religiosas, atribuyéndola unos á derecho divino, y otros á institucion humana, y por lo tanto queriendo cada uno segun sus convicciones amoldarla á su legislacion peculiar.

Algunos hombres prudentes aconsejaron al Monarca, que aprovechase las disensiones de las cámaras, en las cuestiones político-religiosas confiase en los primeros los negocios de Estado.

Las negociaciones que con este motivo se entablaron, fueron dirigidas por el Conde de Bedfort, hombre simpático y prudente; mas el rey nombró un nuevo consejo, compuesto del mismo Bedfort y algunos individuos mas, todos Lores populares.

Durante las negociaciones recibió el rey proposiciones que le halagaban.

El descontento del ejército hizo á la reina creer que podía salvarlos, por lo cual confió dicha Señora que dirigiendo el ejército sobre Lóndres apagaría la insurrección que ya aparecía con formas colosales.

El rey en virtud de una conferencia que tuvo con uno de los conjurados, desechó todo plan violento sobre Lóndres.

Las tramas urdidas en el ejército en favor del rey fueron descubiertas por la policía, y en esta situación se aliaron los Comunes con los presbiterianos, y se resolvió la pérdida del desgraciado Strafford, dando principio á su causa.

A tan célebre causa asistieron los monarcas aunque oculitos, y se discutió y ventiló ante toda la cámara de los Comunes, que quiso sostener la acusación y ante los comisionados de Escocia é Irlanda también acusadores.

Strafford, conducido á la presencia del tribunal se presentó grave y sereno.

En su camino el pueblo lo saludaba.

Animábale la esperanza de probar su inocencia, pero esto se le entibió bastante al saber la acusación de los irlandeses, pueblo que tan sumiso para con él siempre había sido.

Discutió por espacio de varios días contra sus acusadores, mas al segundo comprendió lo difícil que le sería salvarse teniendo por partes enemigas á la misma cámara.

El proceso de Straffor, se encontraba lleno de ilegalidades y sin que resultasen pruebas del delito que se le imputaba, se le pusieron rémoras á su defensa, y solo pudo obtener la facultad de presentar testigos tres días antes de la apertura de los debates.

La energía del acusado humillaba á sus acusadores, y daba valor á los Lores, en beneficio de Strafford.

Todas las probabilidades, segun el testo de la ley era la salvación del acusado, lo qué descomponía los planes de los Comunes, los cuales decididos como estaban á aniquilar por completo á un enemigo tan terrible, á instancia de uno de los miembros se resolvió condenarle por acto del parlamento.

No por eso dejaba de continuarse la causa, por los medios legales, pero estaban á la atalaya los Comunes, para que si esta no lo condenase, muriese al golpe de estado que le tenían preparado.

La defensa que el mismo acusado hizo, inclinó favorablemente á su favor á los Lores.

Los enemigos de Strafford, pusieron en juego toda clase de sugerencias, para inclinar el ánimo de los Lores en contra del desgraciado reo, mas estos atendiendo solo á los gritos de su conciencia, las desecharon noblemente.

Los Comunes hicieron, pues, adoptar el bill, contra Strafford.

El rey al ver el eminente peligro de su amigo, pensó en salvarlo á toda costa, y le escribió una carta asegurándole su vida, honor y haciendas.

Los partidarios del acusado ponían en juego todos los medios que el peligro de su protegido les sugería para lograr su evasión, é inclinar el ánimo de algunos miembros del Parlamento en su favor, mas sus esfuerzos fueron inútiles.

Carlos I deseoso de salvar la vida al Conde, prometió no emplearle jamás en su servicio, proposición que fué completamente desoida.

No hay pluma capaz de pintar con su verdadero colorido la injusticia de aquellos tribunales que condenaban, no por castigar un delito que no estaba justificado, sino por satisfacer una venganza indigna de hombres encargados de representar á una gran nación.

Los sacerdotes llevaron su impiedad hasta el grado de predicar y aun exhortar á la oracion, para que muriese un hombre; y por ultimo, el idiota populacho pedía á gritos, armado de palos y espadas ijusticia, justicial mueran los Straffordenses, traidores á su pais.

Carlos I, no creyéndose tan odiado como estaba, resolvió hacer una nueva tentativa en favor de Strafford, y tomando consejo de un cuñado de este, se resolvió que el acusado solicitase del Monarca el sobreseimiento, quien lo conseguiría del parlamento, el cual le condenase á un perpétuo destierro.

La Reina tambien enemiga de Strafford, amedrentada por las continuas asonadas, y además temerosa de que descubriese sus intrigas, hizo concebir con sus llantos serios temores si se salvaba á este desgraciado Conde.

Cuando el Monarca se encontraba deseoso de salvar á su leal servidor, y perplejo por otra parte con lo indicado por la Reina, y no queriendo dar á esta una prueba de desamor, recibió una carta del Conde en que le suplicaba le dejase morir, supuesto que su vida era un inconveniente para la felicidad de su Rey.

A una abnegacion tan grande, resolvió el Rey presentarse personalmente al parlamento, á pedir el sobreseimiento, mas no se resolvió á hacerlo, sí únicamente á remitir una carta por conducto del Príncipe de Galles, cuyo contenido se reducía á suplicar que si el Conde debia morir, se dilatara su ejecucion hasta el Sábado inmediato.

Pero las cámaras no hicieron caso de esto y la ejecucion tuvo lugar al dia siguiente.

Diversas sensaciones produjo en la Capital la decapitacion de Strafford.

Unos se alegraron y aclamaron al parlamento que de tal modo sabia hacer justicia; y otros mas sensatos y mas previros temieron que algun dia no se hiciesen aquellas cámaras tan gigantes, que ahogasen por entero la sombra de monarquía que quedaba.

—54—

La cámara estrellada, el tribunal del Norte y otros fueron abolidos por el parlamento que acrecía cada vez mas sus pretensiones.

El Rey viendo tan ajada su dignidad, se decidió por pasar á Escocia, y á pesar de la oposición de los Comunes, marchó el 10 de Agosto, bajo la vigilancia de una junta formada de miembros del parlamento.

Durante tres meses, ninguno de los dos partidos hizo nada notable hasta que en 1.<sup>o</sup> de Noviembre de 1641 se recibió la noticia de la insurrección de Irlanda, que tanta influencia había de ejercer en los destinos del reino.

---

## CAPITULO III.

Excesos cometidos por los católicos de Irlanda.—Vuelta del rey á Londres.—*Los caballeros y los cabezas redondas.*—Acusacion del rey contra los Lores.—Carlos I y su familia abandonan definitivamente la capital.—Peticion de las mujeres á las cámaras.—Se disponen los dos poderes á la guerra.—Primeros combates entre los realistas y las tropas del parlamento.—Muerte del arzobispo Land.—Derrota de los realistas.—Fuga del rey.—Triunfo de Cromwel y sus partidarios.—Proceso y muerte de Carlos II.

### I.



A rebelion que habia estallado en Irlanda, se desarollo con una rapidez espantosa, y los católicos se entregaban á todos los excesos imaginables.

Cuantos suplicios, cuantas persecuciones puede inventar el fanatismo religioso y patriótico, todos se pusieron en juego contra los desgraciados protestantes.

En Londres circulaban las voces mas alarmantes respecto á los desórdenes de Irlanda, haciendo subir por los historiadores de aquel tiempo á 50,000 el número de victimas inmoladas por el exaltado celo de los católicos.

El Parlamento no se encontraba con medios ni con fuerzas para contrarestar aquél peligro.

Su odio á Strafford, y su ansiedad por evadirse del yugo de la corona, absorbian por completo sus atenciones, y hacia tiempo que no habia pensado en otra cosa.

Ansiando la libertad para Inglaterra, se habia olvidado que debia mantener la tirania en Irlanda.

Entregado á sus cuestiones de hombres, y no pensando mas que en sus luchas de poder, se habia olvidado del ejército

que sin disciplina, estaba casi reducido á la nulidad, y del tesoro que estaba exhausto y que so pena de recurrir á los subsidios, no podia dar para cubrir los gastos que ocasionaría el tratar de reprimir aquella rebelion.

En medio de esta impunidad, cobraban muchos brios los rebeldes y los excesos seguian á los excesos, y los errores cometidos por aquellos fanáticos, causaban el espanto de todo el reino.

El carácter Irlandés casi salvaje, siempre excitado poderosamente en aquellos momentos por su religion, habia dejado en una barbarie desconocida y terrible.

Cárlos I.<sup>o</sup> creyó que la situacion del parlamento, era la mas aproposito para entrar en negociaciones, puesto que el peligro que amenazaba á todo el protestantismo inglés, le habia de hacer mas tratable.

Dejó á las cámaras la libre facultad de obrar como mejor les pareciera en este asunto, y estas, atendiendo solo á su deseo de amenguar el poder Real, dirigieron á este punto todos sus esfuerzos, mirando con bastante indolencia, los negocios de Irlanda.

En tal situacion el Rey, que hasta cierto punto veia las cosas superficialmente, se presentó en Lóndres, lleno de esperanzas y confiando extraordinariamente en el porvenir.

En diversas poblaciones por donde habia pasado, el pueblo fascinado por las concesiones hechas á los escoceses, é ignorando las ocultas maquinaciones de la corte, habia hecho al Monarca magníficos recibimientos, colmóndole de atenciones y dándole vivos testimonios de su afecto.

En las dos cámaras empezaban á notarse algunos síntomas de desunion.

Los Comunes acusaban á los Lores, de poco afectos al pueblo, porque no habian aprobado un bill, que escluya á los eclesiásticos de todo cargo civil.

El pueblo veia en los Comunes sus salvadores, y se agrupaban al rededor de ellos.

En los Condados se celebraban reuniones de personas adictas á la libertad, y todos querian prestar su apoyo á los que de tal manera defendian los intereses del pueblo.

El Rey entre tanto no se estaba ocioso, adivinaba el peli-

gro y trataba de reunir junto así, á todos sus partidarios.

Muchos gentiles hombres apegados á las ideas que les habian arrullado en su cuna, abandonaban sus castillos, y venian á ofrecer al Rey su fortuna y su vida.

Delante de Westminster, y delante de Witehall se repetician diariamente, las escenas mas escandalosas.

Los caballeros se presentaban delante del primero, para insultar á los ciudadanos, y proteger á sus partidarios á la salida del parlamento.

Los artesanos, los aprendices y las mugeres en representacion del partido popular, se detenian delante del segundo llenando el espacio, con los gritos de *fuera los Obispos, fuera los Lores Papistas.*

Esto como se deja comprender muy bien, dió lugar á los choques mas violentos.

Los dos partidos tomaron los nombres de *Caballeros* y *Cabezas redondas*, y mas de una vez corrió la sangre en estas contiendas, que continuamente interceptaban las calles de Londres.

Los Lores reclamaban de los Comunes el castigo de los ultrajes que se les hacia y los Comunes á su vez se quejaban de los caballeros por los escesos á que se entregaban con el pueblo.

Estas injurias, estos gritos, este alboroto constante causaba cólera y espanto al Monarca.

Nunca hubiera podido imaginarse que la dignidad real, se hubiese visto tan ajada.

Temia por su vida y por su decoro.

La reina por su parte venia á aumentar los temores de su esposo.

Débil como mujer, los gritos, las voces y los juramentos la hacian estremecerse de terror.

Medrosa como madre veia siempre el peligro para sus hijos.

Y en este estado de continua zozobra se pasaban los dias, y en cada uno de ellos la dignidad real perdía un quilate mas, sin que bastasen todos los esfuerzos del monarca y sus partidarios para devolverle su antiguo esplendor.

II.

El dia 3 de Enero de 1642 dió Carlos I uno de los pasos que mas habian de acelerar su caida,

Su acusacion hecha por Sir Eduardo Hervert, al Lord Imvonltok y á otros cinco miembros de la cámara de los Comunes, obligaron á las dos cámaras á reunir sus esfuerzos para reclamar contra aquella violacion de sus privilegios.

Al esparcirse esta noticia por la capital se notó una gran agitacion entre la multitud, que apresuradamente se dirigió á las puertas de Westminster.

Los Comunes al mismo tiempo andaban tambien extraordinariamente preocupados.

Se corrieron las voces, de que todos los caballeros se habian reunido por orden del Rey, y que en Witchall se habia hecho provision de armas y municiones.

En medio de la escitacion que estas noticias causaban, cuando se recibió la nueva de que el Rey en persona se dirigia á la cámara á prender á los cinco miembros acusados.

Así era efectivamente, pero estos tuvieron tiempo de retirarse y cuando el Monarca dijo al presidente que le revelase el sitio en que se hallaban, aquel se negó rotundamente á ello.

El mal resultado que tuvo este paso del rey disminuyó el número de sus partidarios, haciendo crecer los brios del pueblo.

El consejo municipal, que hasta entonces, no habia por decirlo así, tomado una parte muy activa, en la oposicion que se le hacia al rey, le dirigió una peticion quejándose de los malos consejeros, de los papistas, del gobernador de la Torre, de la injusticia de la causa entablada contra los cinco acusados y exigiendo todas las concesiones y todos los privilegios, que los Comunes no se habian atrevido á pedir abiertamente.

Este último golpe, acabó de anonadar al monarca.

Quiso tentar un último esfuerzo, dando la orden nuevamente para arrestar á los acusados, pero no se hizo caso de ella, y el rey viendo desconocida su autoridad, instigado por la reina que le aconsejaba abandonase la capital, y halagado por las ofertas que le hacian sus partidarios, salió de Lóndres acompañado de su familia, abandonando el palacio de Witehall que ya no debia ver mas que en los últimos dias de su vida.

### III.

Con la marcha del monarca se comprende perfectamente que los Comunes empezarian á prepararse para la guerra que no debia hacerse esperar mucho.

Apenas Carlos I se vió fuera de la capital, respiro mas libremente.

Multitud de caballeros acudian de todas partes á ponerse bajo el estandarte real, y se decidió en un consejo secreto que la reina pasase á Holanda á vender las joyas de la corona para proporcionar armas y municiones, y solicitar el apoyo de los reyes del continente.

Entre tanto Carlos I iria alejándose gradualmente de Lóndres, hasta llegar á los condados del Norte, donde el numero de sus partidarios era mucho mas crecido, tomando á York, como base de sus operaciones.

Las cámaras por su parte que sabian los pensamientos de la corte, por los espías que tenian en ella; pensaron seriamente en la formacion de milicias, y su único temor era, que el rey estuviese preparado para la guerra antes que ellos.

Por esta razon, los Comunes, quisieron solicitar del monarca que el mando de la Torre, los de las plazas fuertes y los de la milicia se diesen á personas amigas del Parlamento y afectas á ~~sus~~ ideas, pero á esto se opusieron los Lores, y el

pueblo que no ignoraba la division de las dos cámaras, lle-  
no tambien de temores por el porvenir andaba agitado y  
solo, segun decia, una explosion viva y espontánea de los de-  
seos públicos, podia, arrollando todos los obstáculos, hacer  
impotentes los esfuerzos de los malos hijos de la gran Bre-  
taña.

Peticiones sobre peticiones se presentaban á las cámaras  
y no fué entre ellas la menos estraña, la que hicieron qui-  
nientas mugeres, que bajo la presidencia de la muger de un  
cervecero, reclamaban la reforma de la Iglesia, el castigo de  
los malvados y la actividad en los medios para defender los  
amenazados intereses del pueblo.

De esta manera trascurrieron algunos dias, y durante ellos  
las disensiones entre las dos cámaras aumentaron extraordina-  
riamente.

Los representantes del pueblo, decididos á todo, se pre-  
paraban para una guerra que parecia inminente.

Los realistas en cambio aumentaban sus filas en la Capi-  
tal, haciendo la guerra á los Comunes, por medio de la sátira  
que encontraba benévolamente acogida entre el pueblo.

Cromwell, que á la sazon no tenia una gran importancia  
en la cámara, hábil, astuto y ambicioso, se encargaba de  
enardecer las pasiones de los puritanos, y espiaba y destruia  
todos los proyectos de los partidarios del Rey.

Pronto los dos partidos comprendieron que no podian vivir  
en la misma ciudad.

Multitud de personas notables la abandonaron, retirán-  
dose á sus tierras para prepararse á la cercana lucha.

Los Comunes hicieron un llamamiento al patriotismo  
de los ciudadanos y durante diez dias, las vajillas, el oro y las  
alhajas de estos, se entregaron en gran número á una comi-  
sion formada con este objeto, para pagar con estos donativos y  
sostener algunos rejimientos de caballería.

Todo hacia creer que la guerra estaba muy próxima.

El Parlamento habia decretado la formacion de un ejér-  
cito de 25,000 hombres, en el que Cromwell, así como otros  
jefes del pueblo, recibieron mandos importantes, nombrán-  
dose jefe de él al conde de Essex.

IV.

Un pequeño convoy que había recibido el rey de Holanda, le permitió desarrollar sus fuerzas.

El 23 de Agosto se clavó el estandarte real en Nottingham, haciendo una llamada á las armas á todos sus súbditos leales.

A poca distancia de este sitio se estaba formando tambien el ejército del Parlamento, y al cabo de muy poco tiempo pudo el conde de Essex ponerse al frente de 20,000 hombres resueltos, fanáticos y confiados en el éxito de la buena causa que defendian.

Envanecido el rey, por el lisongero resultado que había obtenido en algunas escaramuzas, se decidió á marchar sobre Lóndres queriendo terminar la guerra con este atrevido golpe de mano.

Essex siguió tambien los pasos del rey hasta que se encontraron juntos á Keynton, donde despues de algunas horas de combate se retiraron ámbos ejércitos, atribuyéndose los dos la victoria, y temerosos para el dia siguiente.

Las pérdidas habian sido muy considerables y el ejército del rey había tenido algunos desertores.

Por estas razones no se juzgó prudente por los realistas dirigirse sobre la capital de la misma manera que los del Parlamento por causas casi semejantes, tampoco se atrevieron atacar á sus enemigos.

A este encuentro se siguieron otros en los que tampoco se obtuvo una victoria decisiva, y como consecuencia de esta falta de grandes resultados se entablaron negociaciones apesar de las cuales seguian renovándose las escaramuzas, desventajosas siempre para los del parlamento.

La causa de estas ventajas de los realistas estaba en su caballería que compuesta en su mayor parte de gentiles-hombres, hacia retroceder siempre á la del parlamento compuesta de gente comun.

Esta causa la encontró Cromwel y se dedicó á remediarla con el ardor que le distinguia.

Para el efecto recorrió los condados del Este reclutando jóvenes la mayor parte conocidos suyos, hijos ó miembros de buenas familias, fanáticos exaltados, que no necesitaban sueldo alguno y que servian á Cromwell por confianza.

Cuando los tomó bajo sus órdenes "no os quiero engañar ni daros á entender que vais á combatir por el rey ni por el parlamento, como lo indica la comision que llevo; yo por mi parte si tropezase con el rey, le dispararia sin titubear, si vuestra conciencia no os permite hacer otro tanto, retiraos de mi servicio." (1)

Muy pocos vacilaron en seguirle, y de esta manera al abrirse la nueva campaña se encontró al frente de unos 1000 voluntarios perfectamente armados y que podian medirse con ventaja con la caballería realista.

V.

Por este tiempo se descubrió en Lóndres una vasta conspiración en la que se hallaban complicados muchos lores, algunos miembros de los Comunes, y otra multitud de personas de influencia y posición.

La conspiración tenia por objeto armar á los realistas, apoderarse de los principales puntos de la ciudad, arrestar á los componentes del parlamento, é introducir en Londres al ejército de Carlos.

El descubrimiento de esta conspiración, causó algunas víctimas aunque no se apesadumbró mucho el rey por este revés de la fortuna, toda vez que segun noticias que había recibido, sus generales habian obtenido grandes ventajas en algunos puntos del reino.

A los pocos dias de esto, perdió el pueblo á uno de sus

(1) Historia de la revolucion de Inglaterra por Mr. Guizot.

—63—

mayores gafes, siendo esta por decirlo así, la primera de las desgracias que affijieron al parlamento durante algunos meses.

Hampden, habia sido herido, y á los pocos dias murió, causando en casi todo el reino un dolor tan profundo, como inmensa fué la alegría en el partido realista.

En cuantos encuentros tuvieron las tropas parlamentarias con las del Monarca, en todas fueron batidas, y multitud de poblaciones, caian en poder de los realistas.

La inminencia del peligro, hizo despertar á los Comunes de su letargo.

El pueblo se quejaba de aquella adversidad de la suerte, y emitía opiniones un tanto favorable para la paz.

Entonces se pensó en conceder al Conde de Essex, lo que con tanta urgencia había pedido en diversas ocasiones.

El Conde tenia enemigos muy poderosos en la capital y estos habian tratado de embarazar siempre su marcha, pero ante la grandeza del peligro se le concedieron los hombres, las provisiones y el dinero que necesitaba, y se le dió la orden de que saliese para Gloucester que estaba sitiado á la sazon por las tropas reales.

Esta expedicion tuvo el éxito mas favorable, pues Carlos I, se vió en la necesidad de levantar el sitio, siendo alcanzado por las tropas del conde y batido por ellas.

Este regresó á la capital donde fué recibido con las mayores demostraciones de entusiasmo, y sus enemigos tuvieron por entonces que ahogar sus deseos no renunciando por eso á sus proyectos de derribar al general presbiteriano.

VI.

El parlamento inglés celebró un tratado con los escoceses al que se le dió el nombre de liga y pacto solemne, por el cual se unian las fuerzas de los dos reinos para contrarrestar al enemigo comun.

Este tratado se debió en parte á el conde, por manera que los presbiterianos estaban llenos de alegría con la conducta de su caudillo, y el parlamento se creía fuerte y poderoso con el auxilio de los escoceses que la acertada conducta de su jefe, les había traído.

En 1643 podemos decir que ya la reforma política estaba consumada, se habían desterrado los abusos, y se habían sancionado las leyes que se creyeron necesarias para el bienestar de los pueblos.

Los partidos se habían fusionado por decirlo así, para quitar las prerrogativas á la dignidad real, para dar la soberanía á los Parlamentos y para hacer de la magestad una cosa nula, sin voluntad ni poder propio.

Unidos estos partidarios únicamente por la política había de llegar un día en que necesariamente tenían que separarse, patentizando los vicios interiores de aquella alianza.

El fanatismo religioso, exaltado cada día más, había de ser la manzana de París, arrojada en medio de los partidos.

El que dominaba se contradecía á cada momento y en todas sus cuestiones.

Lo que deseaba para la Iglesia, lo negaba para la política.

Para amenguar el poder de los obispos, invocaba las pasiones democráticas, y contra elaciente partido republicano las instituciones monásticas, el poder de la Aristocracia.

Espectáculo como á la sazón ofrecía Inglaterra no lo había hasta entonces presentado nación alguna.

Se demolia con una mano lo mismo que se quería sostener con la otra.

Se trataba de hacer innovaciones y se maldecía á los innovadores.

La audacia y la timidez, estaban hermanadas en el partido dominante, que perseguía á los obispos invocando la libertad, y á los republicanos por medio del poder y de la fuerza.

Tres años llevaba en el poder el partido presbiteriano y esto ya era demasiado para una nación que estaba respirando por decirlo así el aura revolucionaria, aura que hace brotar nuevas aspiraciones, y que dando mayor ensanche á las

—65—

imaginaciones las hace desear cosas nuevas y desconocidas.

La falta de una marcha fija en la política de los presbiterianos, no se escapaba á las ávidas miradas de sus enemigos, que comentaban todas sus acciones, y que en las mas insignificantes encontraban justos motivos de reprobacion y censura.

De esta manera el partido de los republicanos ó independientes se aumentaba de dia en dia amenazando con una nueva complicacion, el ya de por sí bastante nublado horizonte politico de la Inglaterra.

En medio de este estado tan escepcional y al par que las nuevas rémoras, que se oponian á la marcha del Parlamento supo el monarca la alianza de Escocia con Inglaterra. Inmediatamente el rey tomó cuantas medidas estuyieron á su alcance para evitar esta reunion que tanto perjudicaba á sus intereses, para lo cual, comisionó á algunos caballeros; pero descubierto su plan fueron arrestados encontrándose entre sus papeles las instrucciones dadas por el rey.

Al mismo tiempo Carlos, para contrabalancear las ventajas que la union de Escocia, daba al Parlamento entró en trato con los Irlandeses, firmando una tregua de un año, llamando de esta manera junto así las tropas que combatian la insurreccion en Irlanda.

Este paso tan poco premeditado por el rey lo acabó de desacreditar á los ojos de la nacion.

En toda Inglaterra eran los Irlandeses un objeto de horror y de desprecio, por los excesos cometidos contra los protestantes, asi es, que al saberse la alianza hecha por el rey con semejantes hordas de asesinos, se elevó de todas partes un clamor inmenso de reprobacion.

VII.

Todas las victorias conseguidas por las tropas realistas en la nueva campaña empeñada, palidecieron ante la derrota sufrida en Mariton-Moor por las tropas parlamentarias.

En este dia los escuadrones de Cromwell arrollaron por primera vez á la caballería realista.

Esta victoria conseguida por los independientes aumentó sus aspiraciones, les dió nuevos brios y les hizo dar á entender de una manera mas clara, y mas precisa sus deseos y sus esperanzas.

En las tabernas, en las reuniones y en todas partes los republicanos expresaban sus pasiones, y el nombre de Cromwell, jefe se puede decir de este partido, era repetido con entusiasmo por la multitud.

VIII.

Los encuentros habidos entre las tropas reales y los parlamentarios, no habian dado resultado alguno decisivo para ninguna de las dos partes beligerantes.

Sin embargo, el parlamento comprendia que su poder amenguaba por instantes, y que se hacia necesaria una paz que separando su atencion de los negocios cesteriores, pudiese dedicarla toda entera á contrarestar los ataques de los partidos que cada dia se hacian mas terribles en la capital.

Para este efecto se volvieron á entablar negociaciones, y mientras los Presbiterianos hacian todo lo posible por ajustar la paz, los independientes trataban á toda costa, de continuar la guerra.

Cromwell, jefe de este partido, dijo un dia en la cámara cuando esta trataba de los asuntos de la paz, que era preciso continuar la guerra; pero de una manera enérgica y tenaz, de un modo en que prescindiendo de la Magestad, no se viese en Carlos I mas que un enemigo del reino, que los que le combatieran no lo hiciesen por el interés de los grados ó distinciones, sino únicamente, por la satisfaccion de haber servido bien á su patria.

A esto uno de los mas fanáticos sectarios de Cromwell, hizo la proposicion de que ningun miembro de una y otra cámara, pudiese obtener durante la guerra, empleo ni mando civil ó militar alguno, y que esto fuese consignado en un decreto.

Esto, como es natural, halló una oposicion vivísima en el Parlamento, pues se trataba nada menos que de quitar el mando á los Presbiterianos, creando por decirlo así un ejército cuyos jefes habian de ser de los independientes, toda vez que estaban exceptuados los Parlamentarios.

Pero de nada sirvieron las discusiones ni las oposiciones de los Comunes; el partido republicano se habia crecido mucho en poco tiempo, y el decreto fué aprobado y presentado á los Lores; pero estos confiando en las nuevas negociaciones próximas á abrirse con la corte lo desecharon completamente.

Durante estos dias de escitacion general para distraer un poco la atencion pública se le dió nueva actividad á las causas contra Lord Macquire á quien se acusaba de complicidad en la insurreccion de Irlanda, contra los Hotham padre é hijo, por haber intentado entregar al Rey la plaza de Hull, la de Sir Alejandro Carero por una tentativa igual con la isla de S. Nicolas de que era Gobernador, y la del Arzobispo Land, víctima espiatoria de los desaciertos cometidos por el Rey.

Lo mismo que con Strafford, fué imposible probarle legalmente la alta traicion.

Pero lo mismo que aquel, tenia multitud de enemigos y era necesario que muriese para satisfacer la venganza de estos.

Un decreto de las dos cámaras, ilegal hasta lo infinito,

pronunció su sentencia de muerte, rodando su cabeza en un cadalso el dia 10 de Enero de 1645, habiendo precedido á este desgraciado Prelado en el transcurso de seis semanas los desgraciados Tower-Hile, Sir Alejandro Carero, John Hotham padre é hijo, y por ultimo Lord Macquire que fué ejecutado el 20 de Febrero del mismo año.

IX.

Ocho dias antes de la muerte del Arzobispo Land fué abolido en su totalidad el rito de la Iglesia Anglicana, recibiendo la sancion del Parlamento á peticion de la Asamblea de Teólogos el libro titulado *Direccion del culto público*.

Convencidos los gefes de que semejante medida encontraria resistencia, pensaron solo para retener su vacilante poder en el apoyo de los Presbiterianos fanáticos á quienes otorgaban cuanto de ellos solicitaban.

Los independientes por su parte no omitian medio alguno para conseguir que los Lores y los Comunes formasen una sola Cámara.

Invocaron del Altísimo que los ilustrase en tan grave deliberacion, para lo que se prescribió un solemne ayuno, y se predicó la conveniencia de dicha fusion de ámbas Asambleas en Westminster por un orador elegido por Vane y Cromwell, pero despues de repetidas conferencias, pasaron en corporacion los Comunes á la Cámara alta reclamando la adopcion del decreto, pero esta última lo desecharon enérgicamente.

A instancia de los fugitivos amigos del Monarca consintió éste en que las Cámaras de Westminster se llamasen Parlamento, notándose la repugnancia con que accedió á esta medida por las palabras que escribió á la Reina, que la decia, que si en su consejo hubiera tenido dos personas de su opinion, no hubiese accedido á la concesion que acababa de otorgar.

Casi todos los comisionados de Carlos I para arreglar las disensiones en que el país se hallaba, estaban predisuestos por la paz, á excepción de Vane, Saint-John y Prideaux que optaban por la guerra, llegando en esta situación violenta los negociadores á Uxbridge animados de las ideas más lisongeras, de llevar á feliz término tan amargas controversias.

En el momento de su llegada se felicitaron por sus intenciones de dejar restablecida la paz, mas sin embargo se notaba un fondo de desconfianza y reserva en los comisionados de Westminster.

El plazo para dejar terminadas las negociaciones pacíficas era el de 20 días.

Durante los preliminares reinó la más completa confianza, pero tan luego como empezó la discusión oficial entró la discordancia en las ideas y se presentaron desembozadamente los instintos y ambiciones de cada uno de los partidos, encubiertos hasta entonces.

Ninguna de las fracciones parlamentarias se presentaba á ceder nada de sus deseos, y en posición tan anómala se encontró la regia dignidad en el duro caso de obtener sacrificios de unos, que con menosprecio de su autoridad le negaban los otros.

Sucedió por fin lo que era inevitable, visto el giro que tomaron las cuestiones, y fué que poco á poco se fueron agriando y haciéndose cada vez más difícil el feliz término de que en su principio se hallaban confiados de obtener.

Después de varios incidentes propios de la efervescencia de las pasiones, en aquella época se presentó en la Iglesia de Uxbridge, en un día de mercado, y ante un immenseo gentío, un predicador fanático, que había llegado de Londres, llamado Love, el que pronunció un violento discurso contra el realismo y el tratado, diciendo "de él nada bueno podemos esperar; esos hombres han venido de Oxford con el corazón ensangrentado; solo quieren distraer al pueblo, esperando coyuntura para dañarle; entre este tratado y la paz hay tanta distancia como entre el cielo y el infierno" (1).

---

(1) Historia de la Revolución de Inglaterra por Mr. Guizot.

Al presenciar semejante atentado, pidieron los comisionados del Rey el castigo del predicador, mas los de Westminister solo le desterraron de Uxbridge.

A la par circulaban rumores de que Carlos I se oponía á la paz, había prometido no obrar en nada sin el beneplácito de la Reina, fomentaba las disensiones de las Cámaras, y por último que sostenía relaciones secretas con los Papistas de Irlanda, sin que las protestas hechas con el mayor ardor por sus comisionados bastasen á disipar la desconfianza de la Cité.

Llegaba el término de los 20 días prefijados para las conferencias, sin que estas hubiesen dado resultado alguno satisfactorio, y el Parlamento no se encontraba dispuesto á prorrogarlas.

Los realistas afectos á la paz instaron vivamente al Rey á fin de que hiciera algunas concesiones respecto á la Milicia, y tan vivas fueron sus gestiones, que consiguieron que Carlos I asistiese á dar mandos importantes en ellas á Cromwell y á Jaiffax.

Pero al dia siguiente, con la mayor estrañeza y no menor disgusto se negó rotundamente á lo que había asentido el dia anterior.

La causa de esta negativa eran las ventajas obtenidas por Montrossé, ventajas que muy pronto habían de pagarse con crecidos descalabros.

Rotas las negociaciones los independientes trataron de recobrar su ascendiente y consiguieron que los Condes de Essex y Manchester presentasen su dimisión, dando esto lugar á la formación de un ejército republicano bajo el mando de Jaifax.

La batalla de Nasevy fué un golpe terrible para el ejército realista.

Cromwell con su caballería contribuyó al mejor éxito de la batalla.

Carlos I, seguido de unos 2.000 caballos se puso en precipitada fuga, abandonando en poder de sus enemigos su artillería, municiones, bagajes, 100 banderas, su mismo estandarte y mas de 5.000 prisioneros.

Una porción de días anduvo errante y fugitivo de plaza

—71—

en plaza, hasta que regresó á Oxford al frente de unos 1.500 hombres.

Sus partidarios estaban desalentados.

Fairfax y Cromwell los batian en todas partes y multitud de plazas caian en su poder.

Estas ventajas estaban un poco compensadas con los triunfos que obtenia Montrossc en Escocia.

Seis victorias habia conseguido sobre los aliados del Parlamento, y la séptima le abrió las puertas de Edimburgo y de Glascow.

Confiado el Rey en estas victorias y viendo lo mal que marchaban sus asuntos en Inglaterra, decidió reunirse con Montrossc.

Pero la fortuna es una deidad demasiado caprichosa, y las 7 victorias del conquistador de Escocia quedaron destruidas por el desgraciado éxito de la batalla de Ettrick.

Sorprendido cuando menos lo esperaba por las tropas parlamentarias no pudo resistir su violento empuje, y el que un dia antes imponia condiciones y aterraba á los Presbiterianos andaba huyendo sin encontrar un asilo donde guarecerse.

Esto lo supo el Rey en el momento mismo en que acababa de ser batido nuevamente por las tropas del general parlamentario Poyntz; así fué que su situación se hizo sumamente difícil y embarazosa.

Newark abrió sus puertas al monarca fugitivo y allí trató en vano el desgraciado Rey de reanimar el abatido espíritu de sus caballeros.

## X.

Tan repetidos reveses, la pérdida de casi todas las plazas y la desersión de la mayor parte de sus partidarios, habian puesto al Monarca en un compromiso terrible.

Las tropas de los independientes le perseguían por to-

das partes, y puede decirse que Carlos I no era dueño mas que del terreno que pisaba.

Habia procedido con demasiada ligereza en algunos negocios politicos, y estaba pagando las consecuencias de ellos.

Viéndose ya sin recursos, quiso entablar nuevas negociaciones, que fueron bien recogidas por el partido presbiteriano, pero que los independientes rechazaron enérgicamente.

Perdida esta nueva esperanza y casi acorralado en Oxford por las tropas de Fairfax, la prision del Rey era casi inevitable.

Solo le quedaba un asilo, y este era el campamento escocés.

Mr. de Montreuil, Embajador de Francia, habia trabajado para que aquellos los recibiesen, y el Monarca acompañado de su Mayordomo y de un Sacerdote práctico en el terreno, abandonaron la última poblacion que le habia permanecido fiel.

Los escoceses afectaron gran sorpresa al verle, y bajo pretesto de hacerle los honores debidos, le pusieron una gran guardia que vigilaba todas sus acciones.

El partido republicano no podia consentir, en que el Rey permaneciese con los escoceses.

Pidió al Parlamento de Edimburgo la entrega de la augusta persona, y el Parlamento á su vez reclamó de las Cámaras inglesas las inmensas sumas que se adeudaban á sus tropas.

Inmediatamente se votaron nuevos empréstitos para cubrir esas cantidades, y el mismo dia en que los escoceses recibian doscientas mil libras esterlinas, entregaban al Rey á los Comisionados enviados por el Parlamento inglés.

Los presbiterianos creian asegurado su triunfo sobre los independientes, para lo cual no les faltaba mas que licenciar la mayor parte de las tropas de estos, dejando únicamente sobre las armas las guarniciones necesarias para las plazas, y las tropas que habian de pasar á Irlanda.

Cromwell, que veia en esto un golpe que destruia sus esperanzas, trató de promover la rebelion entre las tropas.

Aunque en Londres, y asistiendo al Parlamento todos los

dias, no por eso había dejado de conservar muy buenas relaciones en el ejército, manteniendo una correspondencia muy activa con varios de sus oficiales.

Estos fueron los que tomaron la iniciativa, y bajo el pretesto de no marchar á Irlanda dirigieron una petición á las Cámaras.

A esta se siguió otra y otras, y finalmente, casi todo el ejército se opuso á las ideas del Parlamento.

Cromwell seguía en sus tratos con sus partidarios, y como consecuencia de estos, una comisión del ejército se presentó en Hoemby á reclamar la persona del Rey.

Los Comisionados del Parlamento, ni supieron ni pudieron resistirse, y el Rey fué trasladado á Newmarket, punto que eligió para su prisión.

El Parlamento se irritó cuando supo semejante violencia, y aun hubo quien acusó á Cromwell de ella; pero este después de haberse defendido de los ataques de sus enemigos, comprendiendo que ya no era ocasión de contemporizar, abandonó la capital y reuniéndose al ejército se puso al frente de él, dirigiéndose hacia Londres.

Esparcidas por la Cité estas noticias, los habitantes de ella en su mayor parte presbiterianos, empezaron á clamar contra el ejército y contra las Cámaras que aterrorizadas querían hacer algunas concesiones.

Algunos partidarios de Cromwell, entre los que se contaban Saint-John, Vané, Huslerig y Suddlovo, eran los agitadores de este motín que estallando con una violencia inaudita, obligó á la mayor parte de los miembros del Parlamento á huir, buscando un refugio entre los soldados de Cromwell y Fairfax.

Las tropas republicanas penetraron en la capital y los vencidos se escondieron en sus casas mientras que los cobardes y los aduladores se arrastraban servilmente á las plantas de aquel poder que amenazaba hundir todo lo existente.

En medio de todo esto, los Presbiterianos y los Realistas conspiraban, al mismo tiempo que los escoceses ofrecían al Rey su apoyo, si quería reconocer el pacto celebrado tiempos atrás, entre el Parlamento de Edimburgo y el de Londres.

El Rey daba pábulo á las esperanzas de los unos, sin desanimar por eso á los otros.

—74—

El ejército instigado tambien por unos y otros andaba desunido y Cromwell receloso siempre y no sin motivo, en esta ocasión trataba de dar un golpe de mano que le desembarazase de sus enemigos y le asegurase en el poder.

Descubiertas por el general republicano las maquinaciones de Carlos se redoblo la vigilancia á su alrededor, se alejaron todas las personas que no inspiraban confianza al ejército, y la prisión del desgraciado Monarca se hizo mas dura é insopportable.

Pero algunos amigos fieles no le abandonaron y favorecieron su fuga de Hamptoncourt, conduciéndole á Newport, en cuyo Gobernador creyeron poder confiar, puesto que fué bastante astuto para encubrir sus verdaderas ideas.

XI.

Cromwell triunfaba de dia en dia de todos sus enemigos.

El ejército era su mas poderoso auxiliar, pues habia sabido de tal manera infiltrarse por decirlo así en el corazon del soldado que era para ellos casi un Dios.

A todo esto el cautiverio del Rey se hizo mas insopportable.

Se negó la entrada en el castillo á todos los extranjeros, se doblaron las guardias y casi todos sus servidores recibieron órdenes terminantes para que abandonaran la isla.

El parlamento le había enviado cuatro whils para su aprobación y se había negado completamente.

Su orgullo era tan inmenso como su desgracia.

Rey sin reino; general sin soldados y por todo palacio un castillo circundado de fosos, defendido por altas murallas y en el que él no tenía mando alguno, no quería hacer nada que él creyera que pudiese menoscabar su dignidad.

¡Cuánto mas valia que esto mismo lo hubiera pensado algunos años antes!

Semejantes accesos de orgullo fueron considerados en la Cámara como un acto de demencia, y aun hubo alguno de sus miembros, que dijo que el mejor sitio para el Monarca era la casa de locos de Videlam.

El 3 de Enero de 1648, se aprobó por el Parlamento en que supuesto que el Rey no había querido aceptar ninguno de los cuatro whill, declarase escluida la Magestad, le negasen su obediencia y el Parlamento por sí y ante sí gobernase la nación.

Al saberse tal noticia se elevó de todas partes un clamor inmenso, que vino á turbar un poco la victoria de los republicanos.

En todas partes hubo motines en favor de aquella causa Real que se quería hacer desaparecer para siempre.

Cromwell y sus partidarios trataron de deshacer aquella nube de gritos, imprecaciones y amenazas por los medios suaves y conciliatorios.

Pero todo fué en vano.

Los mismos hombres que en otras ocasiones se habían mostrado frios e indiferentes con el partido realista, manifestaban ahora abiertamente sus simpatías hacia él; por manera que para no hacer infructuosa la moción adoptada por la Cámara, no hubo mas remedio que acudir á ciertas medidas que se asemejaban bastante á la tiranía de que acusaban al Rey.

Las persecuciones contra algunos miembros de las dos Cámaras, bien fueran presbiterianos ó realistas, comenzaron de una manera escandalosa y brutal.

Todo el que había hecho armas contra el Parlamento se le desterró de la capital.

Multitud de empleados considerados como sospechosos perdieron sus destinos.

La libertad de imprenta, quedó reducida á la nulidad, ofreciéndose grandes sumas á todos los que descubrieran algún escrito subversivo.

Y finalmente, con el objeto de aterrorizar á los habitantes, el ejército con gran aparato de guerra se paseó otra vez por las calles de Londres, quedando unos tres mil hombres de él de guarnición en la ciudad.

Entretanto el pueblo cada dia estaba mas descontento. Tanto en los Condados como en la capital, los caballeros se reunian, se concertaban y se lanzaban á los gritos de *Dios y el Rey Carlos*.

Generalmente estos motines se sofocaban en seguida; pero no porque el pueblo huyera se le podia declarar como vencido, su descontento tomaba cada dia mayores proporciones, redoblaba su cólera, y acrecia sus ánimos.

Escocia, Irlanda y el mediodia del país de Galles empezaron á trabajar inmediatamente y el Parlamento de Edimburgo votó inmediatamente la formacion de una comision revestida con el poder ejecutivo, y el levantamiento de un cuerpo de 40.000 hombres para sostener los derechos del Monarca.

Los caballeros del Norte de Inglaterra, no esperaban mas que esta señal para ponerse inmediatamente en movimiento, y los ciudadanos de Londres llenos de esperanzas demostraban á cada instante su antipatía hacia los independientes.

Cromwell que veia decaer su influencia, que comprendia que su prestigio se eclipsaba, resolvio marcharse al ejército y recobrar por medio de la guerra el ascendiente que comenzaba á perder.

En el momento en que el Jefe del partido republicano se dirigió al pais de Galles la insurrección estalló en todas partes.

Las proclamas realistas circulaban por la capital con una profusion extraordinaria.

La escuadra estacionada en las Dunas se pronuncio en favor del Rey, y en los condados de Essex, Hertford y Nottingham se reclutaba abiertamente para el ejército realista.

La revolucion se desarrollaba y crecia con una rapidez espantosa, abrumando con su peso terrible la robusta mole de Westminster.

Una tentativa de fuga del Rey fué descubierta, y esto amortignó bastante el ardor de sus partidarios.

Al mismo tiempo el Parlamento que comprendió toda la immensidad del peligro, trató de contrarestarlo con todos los medios que tenia á su alcance.

—77—

Si se habia abatido en los primeros instantes, fué para alzarse mas grande, mas amenazador.

Fairfax recibió órden de dirigirse contra las hordas de insurgentes que llevaban su audacia hasta el extremo de acercarse atrevidamente hasta las puertas de Londres, al par que los otros generales republicanos recibieron órdenes para batir á los rebeldes en todos los sitios en que se habian presentado.

## XII.

La serie no interrumpida de acontecimientos, todos contrarios á las armas realistas, dejaron coñocer que la Monarquía estaba muy próxima á su fin.

Buckingham y otros varios Lores, al frente de mil Caballeros, trataron en el mismo centro de la Cité de restablecer los derechos del Monarca, mas fueron arrollados en los alrededores de Londres, y fueron perseguidos por Sir Michel Siverey hasta el condado de Huntington.

El 30 de Junio revocó el Parlamento la disposicion en que se prohibia todo trato con el Rey, y se acordó se le ofreciese sin dilacion un nuevo tratado, cuya oferta fué rechazada por los independientes apoyándose en la veleidosidad del carácter de Carlos I.

Cuando se encontraban en la Cámara de los Comunes ocupados en si se debia ó no presentar al Rey la nueva proposicion, y á la par calcular la insegura posicion que las mismas Cámaras presentaban, se recibió la noticia de que los Escoceses habian entrado en el reino, y que Lambert se retiraba de ellos.

Cromwell que se encontraba á la sazon en Pembroke con su ejército en un estado miserable, pero entusiasmados con sus victorias, sin esperar órdenes se puso en movimiento ca-

yendo casi de improviso sobre Hamilton y Langalate que con sus caballeros se hallaban en Preston; Cromwell los derrotó y marchó en seguida á cortar el paso del río Ribble á los escoceses, lo cual consiguió, haciéndolos retirar de su movimiento invasor.

Una vez dejó libre Cromwell al país, trató de invadir con su ejército á la Escocia, y quitar á la vez todo medio de salvación á los Presbiterianos.

Después de varias tentativas y denuncia de un mayor de Cromwell para perderlo, el Parlamento, que ya no podía llamarse tal, sino un caos político, se resolvió abrir nuevas negociaciones con Carlos I, se acordó que las conferencias tendrían lugar en la isla de Wight, dejando á elección del Monarca el lugar de su residencia en la isla durante el tratado, y la designación de los consejeros de que deseaba rodearse.

A pesar de la oposición del ejército y de los independientes que veían en este acto un contratiempo que destruiría sus planes de dominio, marcharon los comisionados á la isla de Wight, animados en su mayor parte de ideas de paz.

Las negociaciones debían durar 40 días, y el Monarca tuvo que empeñar su palabra de que no solo mientras las negociaciones, sino 20 días después, no haría ninguna tentativa de evasión.

Decidido Carlos I á sostener solo las conferencias con los comisionados del Parlamento, se abrieron estas el 16 de Septiembre.

El Monarca estaba en el fondo de la sala rodeado de sus silenciosos Consejeros, y ocupando sus puestos se hallaban los comisionados.

Carlos I demacrado por los pesares pero conservando su orgullo, se mostraba dispuesto á aprobar la resolución de las conferencias, pero en su interior había proyectos de fuga protegida por la Francia.

El Monarca aceptó las condiciones, mientras que por bajo mano trataba de su evasión.

Las conferencias fueron prorrogadas por las oposiciones de los partidos beligerantes á sus acuerdos.

Mientras tenían lugar en la isla estos acontecimientos se

rindió á Fairfax, Colchester, y Cromwell entró en Escocia, levantándose en masa los paisanos contra los realistas que debieron la seguridad de sus bienes y personas á un tratado, en el cual entre otras cosas se comprometían bajo juramento á anular sus deberes con el Rey.

El 20 de Noviembre se presentaron unos oficiales del ejército á solicitar del Consejo la lectura de un escrito de que eran portadores, y en el cual se patentizaba el disgusto de las tropas, de que ya anteriormente habían dado pruebas, y se amenazaba por estas disolver el Parlamento y establecer la soberanía nacional.

Todas estas manifestaciones contribuian de una manera asombrosa á la perdición completa del partido realista.

Los republicanos fueron insultados, y á Fairfax trataron de asesinarlo.

Todo eran conjuraciones que envolvían proyectos de asesinatos, y en medio de esta anarquía se supo la próxima llegada de Cromwell al cuartel general, cuya noticia causó la mayor alarma entre los demás partidos.

Fué reemplazado el Gobernador de Whigt por sospechas de connivencia con el Rey para proteger su fuga, y por razón de todos estos acontecimientos, dió el Rey por terminadas las conferencias en Newport, regresando los comisionados á Londres á dar cuenta al Parlamento.

El desgraciado Carlos se despidió de los Lores anunciándoles que no volverían á verse más, y que se hallaba en paz con el Altísimo con cuya voluntad se conformaba, pero que su ruina era la precursora de la de ellos.

Oída la contestación de los comisionados se entró en debate sobre ella, y los presbiterianos solicitaron se tuviera por suficiente para establecer la paz.

En el calor de la discusion se recibió la noticia de que el ejército marchaba hacia Londres, como efectivamente empezó á entrar al dia siguiente.

Los independientes quisieron aprovecharse de esta noticia para cambiar el rumbo de las discusiones que fueron tumultuosas, pero no les fué posible conseguirlo.

Reinaba en la Cámara al dia siguiente un sombrío rumor. El Rey (decían) ha sido robado de la isla de Wight, á

pesar de su resistencia, y llevado al castillo de Hurit.

Segun las cartas dirigidas á la Cámara por el Gobernador de la isla, el rumor era fundado, imposibilitando este inesperado hecho toda relacion entre Carlos y el Parlamento sin el beneplácito del ejército.

El 29 de Noviembre un hombre mal vestido dijo á uno de los criados del Rey: „acaban de desembarcar tropas en la isla; advertir al Rey de que esta noche será arrebatado de aquí“ (1).

Carlos consultó con sus amigos de mas confianza qué partido tomaria, á lo cual le aconsejaron la fuga, y mucho mas, cuando tenian caballos y un barco preparado, y además poseian la contraseña.

No quiso el Monarca aceptar por no faltar á su palabra al Parlamento, sin que pudieran convencerle la razon, de que ahora no era el Parlamento sino el ejército, el autor del atentado.

Dueño el ejército de la situacion, procedió á la prisión de un gran número de individuos del Parlamento que le eran sospechosos, con los cuales se cometieron varias tropelías.

Cromwell emitió en el Parlamento su disculpa alegando ignoraba todo lo sucedido, pero que ya estaba hecho, lo aprobara, cuyas frases fueron acogidas con entusiasmo.

Despues de recibir las gracias del Presidente por su campaña de Escocia, marchó á alojarse en Whiteal, en las mismas habitaciones reales.

Una noche un tropel de gente armada que entró á deshora en el castillo que servía de prisión á Carlos, sobresaltó su ánimo con un siniestro presentimiento, y deseoso de averiguar quién producía aquel ruido, supo con terror que era el coronel Harrison.

El pánico del Monarca creció de punto, cuando supo que el jefe de aquella fuerza era el mismo que le avisaron proyectaba asesinarle.

Trató el Monarca de averiguar el motivo de su llegada, y supo que se reducía á trasladarlo á Windsor.

---

(1) Historia de la Revolución de Inglaterra por M. Guizot.

— 81 —

Durante el viage le llamó la atencion al Monarca un oficial ricamente vestido, y habiendo preguntado quién era, supo que era el coronel objeto de su terror.

Varió por completo la opinion de Carlos, con respecto al jefe de la escolta al conocerle personalmente, efecto de lo simpático de su persona.

A una jornada de Windsor pidió el Rey se le permitiese comer en el bosque y quedarse á descansar en casa de Lord Newburg, en Basgshot, uno de sus mas leales servidores, y quien le tenia ofrecido un caballo que le salvaria á través del bosque de sus perseguidores.

Ardua era la empresa por la gran vigilancia de los oficiales y tropa que siempre llevaban sus pistolas amartilladas, para evitar su evasion, razon por la que tuvo el Monarca que renunciar á su proyecto de fuga.

Llegado el Rey á Windsor, acordaron los Comunes pro cesarle, y despues de varios debates sobre semejante medida, se resolvio formar un Consejo que le juzgase formado de los hombres mas notables de la nacion, y de los jefes de los partidos.

Cromwell, hombre de un talento nada comun y dotado de una refinada astucia, manifestó al pronto que estaba conforme con semejante medida, concluyendo con conformarse con ella, supuesto que la Providencia así lo había dispuesto.

El infortunado Monarca fué pues acusado de traicion, por haber hecho la guerra al Parlamento; se procedió por la comision á la formacion de su causa, pero como en las leyes del reino no habia ninguna que le condenase, se acordó formar una ordenanza especial para este caso.

¡Pobre Carlos I!... Tu sino era morir, ¡no pudiste jamás eludir la estrella fatal que guiaba los pasos de tu desgraciada existencia!

Llenas de contrariedades, oposiciones y divergencias fueron las diferentes sesiones reservadas á que dió lugar el célebre proceso.

La mayor parte de los individuos se escusaban, mas ó menos abiertamente á su continuacion, mas en la sesion del 19 de Enero, dijo Cromwell "que sabrian cortarle la cabeza con la corona misma."

Concretado el Consejo á los miembros que le quedaron, empezó á trabajar sin levantar mano en la causa del Rey.

Este, mal informado de las decisiones del Parlamento, abrigaba esperanzas de su salvacion, hasta el grado de asegurar que dentro de seis meses estaria restablecida la paz y él en posesion de sus derechos.

¡Cuán ilusorias eran sus esperanzas, qué distinto era el resultado que debian darle los acontecimientos futuros!

El 19 de Enero fué conducido Carlos I desde su palacio prision de Windsor á Londres, escoltado por el coronel Harrison.

Al siguiente dia llegó el Monarca ante el tribunal que le juzgaba.

Estaban en sesion secreta, y Cromwell, al divisar la reja comitiva, esclamó diciendo: "aquí está, llegó la hora de la grande obra, dadle pronta y segura contestacion cuando os pregunte el derecho con que le juzgais."

Llamado el reo á la barra en los distintos dias que tuvo lugar, le fué leida su acusacion, "como tirano, traidor y asesino."

El Monarca plegó sus labios con una sonrisa sardónica al oir el delito de que se le acusaba, é insistió en averiguar con qué poderes se le juzgaba.

No pudo obtener jamás una clara esplicacion; solo se le decia que en nombre de la nacion representada por los Comunes.

El pueblo, cuyos sentimientos nobles estaban sofocados, renacieron al ver la tranquilidad de su Monarca, y esclamaron muchas voces diciendo: "Dios salve al Rey," las cuales se confundian con las de unos pocos que clamaban: "justicia, justicia."

Privado el acusado de alegar sus razones, para poder defenderse de su acusacion, acto inhumano en un tribunal que abogaba por los principios regeneradores de legalidad, justicia é igualdad, esclamó el desgraciado Monarca dirigiéndose al pueblo: "Acordaos que soy condenado sin dejarme alegar mis razones en favor de la libertad del pueblo;" á cuyas palabras contestó éste último con un grito unánime de "Dios salve al Rey."

La Reina Enriqueta María pidió permiso para pasar al lecho de Carlos su esposo, para consolarle; el Príncipe de Galles pidió por el Monarca. Los escoceses protestaron todos los actos del proceso. Se anunció la llegada de una embajada de los estados generales, para intervenir por el Rey; nada hizo doblar á un tribunal que se había propuesto privar de la existencia á su Rey, por la mano del verdugo.

Para poder condenar á Carlos con alguna apariencia legal se recogieron una porcion de firmas, de testigos que deponian contra él; y por ultimo, casi sin examen, sin discusion fué pronunciada su condena.

Todas cuantas peticiones hizo el Monarca para ser escuchado, todas fueron rechazadas por aquel tan injusto tribunal formado de hombres, que solo veian el logro de sus aspiraciones el dia que el verdugo alzase en el cadalso la ensangrentada cabeza de su Rey.

Rodeado Carlos Stuardo de una soldadesca brutal que cometió con él los actos mas indignos de un pueblo civilizado, y que caracterizaron su grosera y soez educacion, esperó impasible su sentencia, que le fué leída por el escribano del Parlamento, y que escuchó lleno de dignidad y religiosa conformidad.

Desde el momento en que el Monarca, trasportado á Saint-James, supo la suerte fatal que le esperaba, se dedicó al cuidado de su alma y de sus hijos.

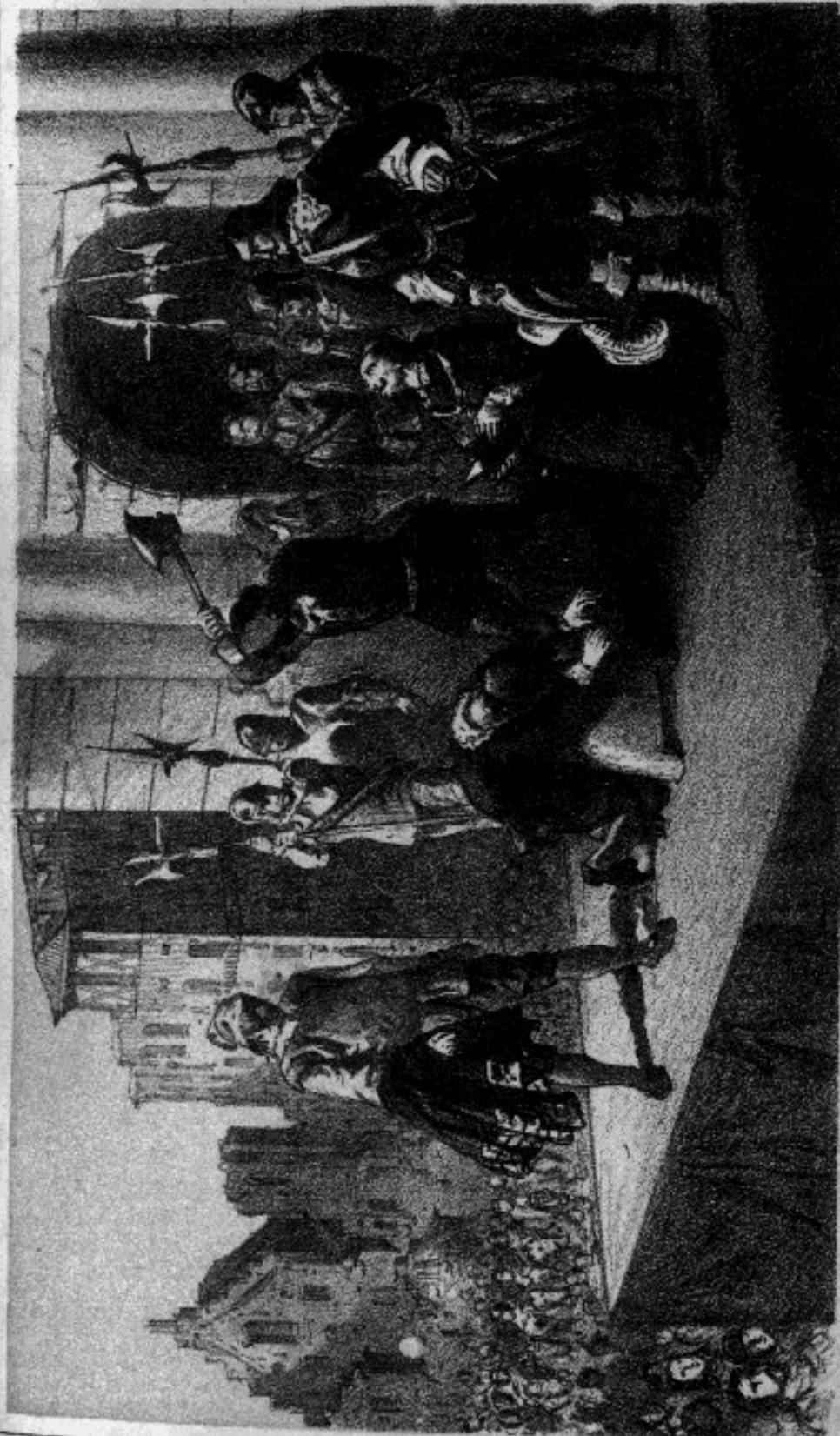
Llegado el caso de firmar la fatal sentencia, faltaron la mayor parte de los miembros que la habian votado, y solamente Cromwell se mostraba gozoso y atrevido.

Se recogieron por fin cincuenta y nueve firmas, pero cuyos nombres, ya fuese por turbacion ó esprofeso, no podian leerse.

Por fin, llegó el momento fatal de llevar á efecto la sentencia.

Cromwell mismo estendió la órden para el ejecutor, y el dia 30 de Enero de 1649 rodó la cabeza del Monarca en el patíbulo levantado al intento.

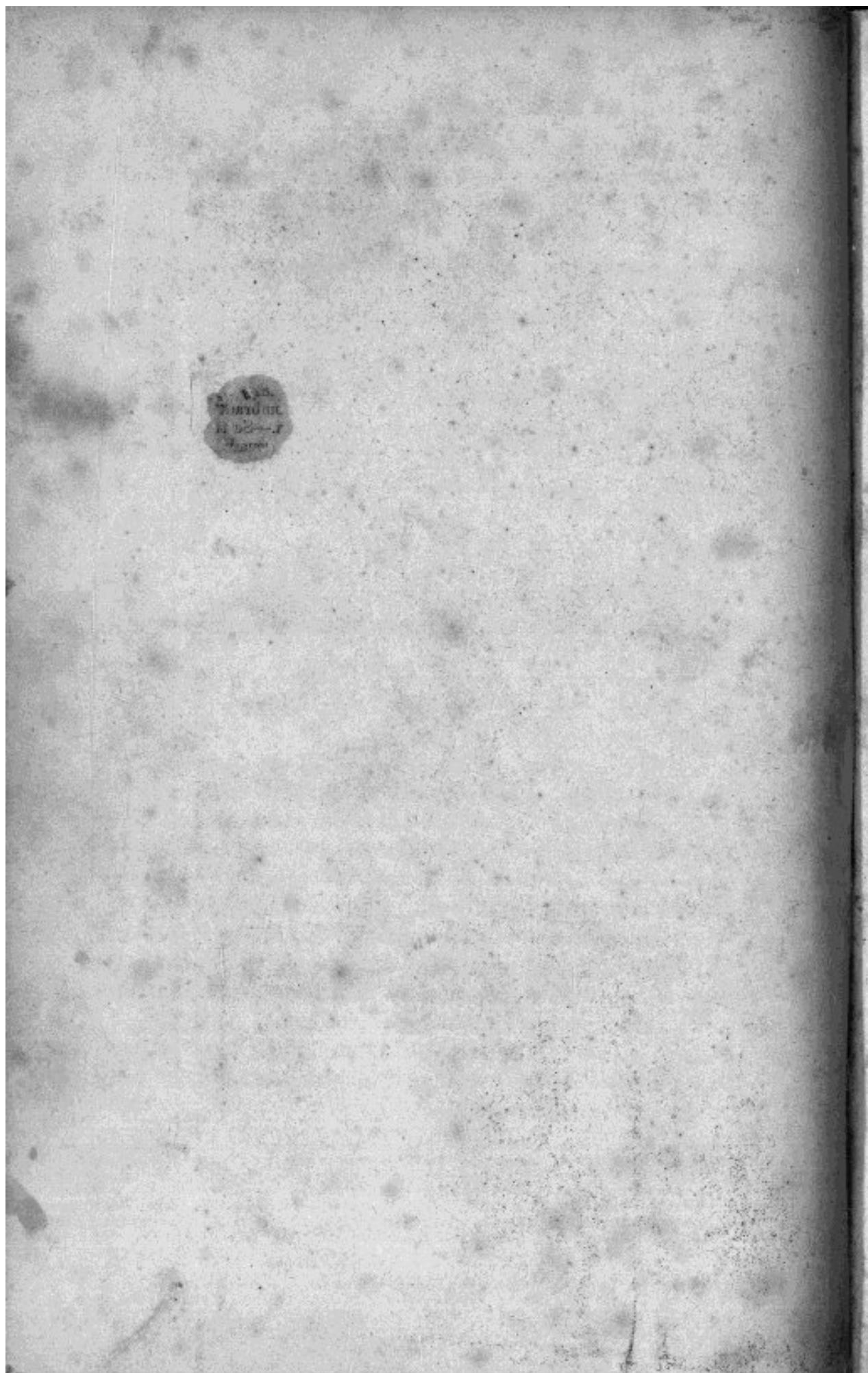
Este fue el desgraciado fin de Carlos Stuardo de Inglaterra, víctima inmolada al furor de las pasiones de los hombres autores de aquella memorable revolución, fecunda en acontecimientos políticos y no estéril para la libertad europea.



Lit. Heraldica.

DECAPITACION DE CARLOS I<sup>o</sup>.

V. Breavieka, lit.



## CAPITULO IV.

Sucesos ocurridos después de proclamada la Constitución en 1833.—Intervención francesa.—O'Donell en el sitio de Ciudad Rodrigo.—Es nombrado teniente.—Pasa á la Guardia Real.—Marcha Fernando VII á Andalucía.—Se traslada á Cádiz.—Motín realista en Sevilla.—Bloqueo de Cádiz por la escuadra francesa.—Defensa memorable del Trocadero.—O'Donell es nombrado capitán por rigorosa escala.—Muerte de Fernando VII.



A hemos dicho en otra parte que hay hombres que llevan ligada íntimamente en su vida la existencia política de la nación en que se hallan.

Por esta razon, siguiendo la existencia de D. Leopoldo O'Donell paso á paso, tenemos neccesariamente que ocuparnos de la Historia de España, mejor dicho, de las peripecias políticas porque ha pasado nuestra patria desde el año 1820 hasta el dia.

La lucha del Rey Carlos I con el Parlamento, la desunión de esos dos poderes del estado causó la revolución de Inglaterra.

**L**as revoluciones á estilo de las palmeras, dejan llevar en alas de los vientos su hálito fecundizante que va á hacer brotar nuevas revoluciones, nuevos cambios políticos en otras naciones.

Francia, á imitacion de Inglaterra, verificó su revolución á fines del siglo XVIII.

De aquel gran desquiciamiento social, de aquella anar-

quía espantosa, nació un hombre que cambió por completo los destinos de la Europa.

No fué á España la que menos parte le tocó por la ambición del Soldado-Rey.

La guerra de la Independencia es un claro testimonio de esto.

Durante largos años los españoles lucharon por la libertad de su patria y por conservar el trono para aquel Rey que había sucedido á él, á consecuencia del motín de Aranjuez.

Fernando VII volvió á España, y el pago que dió al pueblo que de tal modo se había sacrificado por él fué llenarlo de cadenas, haciéndolo víctima del despotismo más feroz.

Ya hemos visto los esfuerzos que tuvieron que hacer los liberales para establecer la Constitución de 1820.

Réstanos ahora decir á nuestros lectores, si la Constitución jurada por el Rey fué sincera ó si solo fué una de las muchas formas políticas que Fernando VII usaba.

Este Monarca á imitación del camaleón, sabía tomar cuando mejor le convenia sus diferentes colores.

La vida del hijo de Carlos IV, llena de contradicciones notables, de apostasías imposibles de calificar, ofrece una gran lección para los pueblos, que nosotros nos alegrariamos mucho, que no se echarse en olvido.

Cuanto mas se repasa la Historia, cuanto mas detenidamente se leen sus páginas, se observa que aquellos pueblos que mas se sacrificaron por sus Reyes, menos garantías, menos libertades y menos beneficios han obtenido de ellos.

Pero justo nos parece ya, dejarnos de digresiones y siguiendo la marcha de nuestra historia, continuemos la vida militar y política del actual Presidente del Consejo de Ministros.

II.

Una vez ya aceptada la Constitucion como ley del Estado, fué preciso luchar con todos los inconvenientes que se presentase en un cambio tan radical de gobierno, y con mayor razon cuando, el Monarca, mejor hubiera empleado los recursos que contaba, en recuperar su antiguo poder que no en asegurar el moderno.

Restablecidas como era consiguientes las leyes hechas por las Cortes en 1810 y 1813; abolido el Tribunal del Santo Oficio por un decreto especial, abiertas las prisiones á los que en ellas gemian victimas de sus opiniones liberales, y por ultimo restablecida la libertad de imprenta y cuantos derechos, nacian de la nueva ley, se entró de lleno en la nueva era regeneradora.

El entusiasmo que naturalmente sucede al conseguir los partidarios de un principio politico el logro de sus aspiraciones, fué un enemigo gigante al mismo sistema que aclamaban.

Habia en la Puerta del Sol, de la capital de la Monarquía, un café llamado de *Lorencini* y como quiera que la Constitucion no prohibiese la asociacion, ni el emitir las ideas en público, se formó por los mas entusiastas una sociedad que empezó por sola la reunion de café y luego llegó á tener su presidente, y hasta discutirse los mas graves asuntos del Estado.

Hizose diaria la reunion, y tomó el nombre de *Sociedad patriótica*, cobrando esta reunion tal importancia que acudieron á sincerarse de sus actos hombres eminentes, como el Ex-ministro de Estado Pizarro y el Conde de la Bisbal.

Si bien en el seno de esta asociacion habia hombres honrados y de buena fé, tambien los habia guiados solo por el entusiasmo del dia.

Considerándose cuerpo constituido, aspiró á una intervención señalada en la formacion del Gabinete, que entonces había de regir los destinos del pais.

Nombrado por el Rey el Ministerio y recayendo el nombramiento en persona, no señalada por su celo en favor del régimen jurado, presentó su oposición la Junta directiva de la Sociedad patriótica, y Fernando VII conociendo lo fácil que hubiera sido hacer balancear su trono en aquellas circunstancias, se amoldó á ellas y nombró para dichos cargos á personas, que por sus padecimientos por la causa liberal eran real y verdaderamente los merecedores de ocupar las sillas del Gabinete.

Entre ellas lo fué para el de Gobernacion el esclarecido y eminente hombre D. Agustín Argüelles, cuyos méritos, nadie ignora.

Fué tal la importancia de la Sociedad patriótica que, en el ínterin los Ministros no se encargaban de sus respectivos ramos, y de consumo marcaban el rumbo que debía seguir la nave del Estado, la Junta directiva tuvo una gran parte en los acuerdos que por el gobierno se dictaron.

Lo importante en aquellos momentos, era saber qué se disponía con el ejército libertador.

Del de Galicia disponía la Junta de aquel pais, mas no así del de S. Fernando, dueño de la isla Guditana y de su entrañable amor.

Dispúsose aumentar aquel ejército que tan digno era de las consideraciones que se le prodigaban por los habitantes de Cádiz, en recuerdo de su leal y noble proceder en los desgraciados acontecimientos del 10 de Marzo.

Hízose así en efecto, dándose el mando del de la Isla al General Quiroga, y el de Sevilla al infortunado Riego.

### III.

El carácter de Riego, ambicioso sin apercibirse casi de que lo era, le puso en pugna con Quiroga, menospreciando los servicios prestados por el ejército de S. Fernando, sin calcular que éste cercado por fuerzas muy superiores sobrepujó mucho en su constancia á los demás, y supo mantener en su esplendor el pabellón Constitucional que defendía.

Desempeñaba el mando de la Capitanía General de Andalucía D. Juan O-Donojú, hombre de simpatías de los hombres del nuevo régimen, no desagradable á la Corte, pero artero y suspicaz.

Comprendió el mencionado Gefe el carácter de Riego y supo dominarle, para que secundase las ideas que abrigaba en armonía con la Corte y su privado el Marqués de las Amarillas.

Logró pues el Capitan General poner á Riego en desaventura con el ejército libertador, sombra amenazadora del Gobierno, en quien veía siempre su ruina.

En armonia del sentido literal del decreto del Rey, poco después de jurar la Constitución fueron puestos en libertad todos los que sufrián en las cárceles y presidios por delitos políticos, y en dicho armisticio se creyeron incluidos los franceses que habían venido al servicio de José Napoleón durante el gobierno intruso.

Nuestros Embajadores en el extranjero dieron pasaportes á los individuos de la Francia que lo solicitaron para regresar á nuestro suelo.

A una medida tan justa se opuso una pandilla capitaneada por un periódico de mal pensamiento, y por redacción llamado *El Observador*, llegando la osadía de estos mal contentos á detener á los emigrados en las poblaciones fronterizas, en donde se los injuriaba con los mas feos insultos.

Lo grande, lo admirable que observamos en esta parte de nuestra historia contemporánea, es que el Ministerio y la Junta consultiva cediese y aun autorizase tan injusto proceder, hijo de errores y fanatismos políticos, y mas que nada de rencor á la nación vecina, mediante á que para escluirlas del indulto se alegaba que eran reos de traicion á la España, pero no políticos.

El buen criterio, la mas clara razon, no puede comprender como unos hombres que predicaban la libertad, concibiesen la idea de dar soltura á unos y dejar oprimidos á otros, todos victimas de iguales ó parecidas disensiones políticas.

Con una medida tan injusta, era natural se aumentasen los odios de las personas que habian sido preferidas hacia el orden de cosas que acababa de nacer.

La mudanza de las instituciones se debia á una sociedad secreta, cuidadosa antes del logro de sus deseos de guardar su incógnita, pero anhelosa despues por darse á conocer.

Los hombres que en ciertas épocas de la vida somos mas aficionados á la novedad que lo puede ser con su carácter naturalmente veleidoso, la hermosa mitad del género humano, corrieron á afiliarse en las banderas masónicas, haciendo ostentacion de pertenecer á ellas, muchos que no participaban de ideas liberales.

La ostentacion que esta sociedad hizo de su existencia logrando alistar en sus filas, no solo ciudadanos, sino hasta muchos sargentos de ejército, que fundados en las ideas de fraternidad alternaban con sus jefes con menosprecio y no pequeño daño de la disciplina militar, la dió tal preponderancia, que fué preciso crear un gobierno oculto, bajo la antigua forma; pero perfeccionado.

Creó además un cuerpo supremo en la capital compuesto de sus representantes de las provincias, y en las capitales de las mismas un cuerpo formado por los diputados de las Logias.

Todo hombre prudente abrigaba temores, no infundados, de que si bien se encontraba una sociedad tan preponderante afiliada al sistema y al Gobierno que ocupaba el poder, pudiera suceder que en un momento crítico quizás,

fuerá una rémora para el mismo poder que á la sazon protegia.

Las sociedades patrióticas y la Milicia Nacional eran poderosos elementos para llevar adelante el establecimiento de la Constitucion.

Nacieron en el estado revolucionario en que nos hallábamos dos partidos opuestos. El uno exaltado que queria llevar la revolucion mas adelante, y el otro moderado que abogaba por consolidar la situacion en el punto á que habia llegado.

Con la sacudida política que habia tenido lugar, el trono habia quedado algo mal parado en sus prerrogativas, y los ministros se hallaban en el duro trance de gobernar el pais con arreglo á la nueva ley y sosteniendo la régia dignidad.

Afiliados muchos hombres á la bandera constitucional sin ser adictos á ella, pero que abrigaban la conviccion de que scria de corta existencia aquella institucion, y por lo tanto volverian á enseñorearse con un absolutismo mas refinado, produjo como no podia menos un rompimiento.

El primer choque que tuvo lugar con una parte de los liberales fué procederse contra la sociedad del café de Lorenzini, que trataba en fuerza de su patriotismo de apoderarse del poder, poniendo en juego injuriosos epítetos contra el marqués de las Amarillas, á quien desde luego vió subir al ministerio con desagrado.

La sociedad no tuvo oculto por mucho tiempo el desafecto que profesaba al antes mencionado personage, el cual puso en conocimiento del Rey y del Gobierno por medio de una comision que para el efecto se nombró de su seno.

El carácter belicoso español, que lo demuestra hasta en sus alegrías, lo poco ó nada acostumbrado que estaba á poder emitir sus ideas en público y en alta voz, y por ultimo, la propension que tenemos á no estar nunca contentos con aquello que se nos otorga, produjo el que las palabras no satisfacian y se descaba avanzar en los hechos.

Todas estas circunstancias reunidas dieron á la comision del café mas pronto el carácter de una asonada que de una manifestacion pacifica y razonable.

Poco prudentes los Ministros, desenlazaron aquel drama

mandando prender á los comisionados, cuyo acto aplaudieron unos, pero la prensa habló todo lo que le fué posible contra el marqués de las Amarillas.

IV.

El Gobierno tenia que luchar además con la fria acogida que en las naciones vecinas habia producido el nuevo sistema, las cuales contestaron á Fernando VII con frialdad, á excepcion de la Rusia que lo hizo con marcado disgusto y acritud.

La Francia, regida entonces por un principio de la misma sangre que Fernando VII, y además deseoso de poder servir algo á su pariente, nombró por embajador en nuestra corte á Mr. Latour de Pin; pero cuando en Madrid se supo este nombramiento, se levantó un clamor espantoso sobre semejante medida, á la cual fué preciso desistir, entibiando infinitamente nuestras relaciones con la nacion vecina.

Abriéronse por fin las Cortes, compuestas de hombres conocidos liberales antiguos, y de muy pocos de los que habian contribuido al restablecimiento de la Constitucion.

Despues de varios acontecimientos fué separado de la Isla Gaditana el general del ejército libertador y nombrado su segundo; por ultimo quedó Riego por su cabeza y representante.

Razones poderosas inducian á la disolucion de este ejército que se envanecia llamándose libertador, pero otras contrabalanceaban poderosamente á las primeras.

V.

El Rey, enemigo embozado, y que no podía menos de serlo de un sistema de Gobierno que le coartaba tanto sus facultades, no paraba de urdir tramas para sacudir aquel yugo que tanto lo oprimía.

De aquí dimanaba el verse la Nación Española, llena de enemigos en su interior, y fuera de ella.

Cercana la hora de abrir las Cortes, debía el Rey en este acto renovar su juramento, mas fraguóse una conspiración, cuya cabeza era D. Pedro Agustín de Echevarri, la que se proponía llevárselo al Rey á Burgos, y allí restablecerle en su despotismo.

Llegaba el momento de realizarse cuando se malogró, ó fueron presos los conspiradores, quedándose caída la máscara del Monarca.

Abierta las Cortes empezaron sus tareas, notándose grande inercia en el Gabinete.

Se pensó en un empréstito que dió muy mal resultado y no se sabía como arreglar el presupuesto del año, mediante al descrédito en que el mismo Ministro D. José Canga Argüelles había puesto á las contribuciones con la relación que hizo de ellas, con ánimo de ganarse la simpatía popular.

La Sociedad secreta mientras tanto acrecía extraordinariamente su poder, el cual gracias á su bien constituido Gobierno, contaba su mayor fuerza en las mismas filas del ejército.

Las sociedades patrióticas eran sus mejores máquinas para desenvolver sus ocultas tareas.